

ISSN 1133-0104

El *Mercurio Peruano* y la religión

The *Mercurio Peruano* and religion

José DE LA PUENTE BRUNKE

Resumen: En las décadas anteriores a la Independencia del Perú, el *Mercurio Peruano* fue una publicación periódica que puso de manifiesto los intereses y las peculiaridades de los «ilustrados» en Lima. Este artículo pondera la importancia de ese periódico, y en particular analiza las referencias aparecidas en sus páginas con respecto a asuntos religiosos. Así, se explican las características de la «Ilustración cristiana» en el Perú y se hace referencia a los eclesiásticos vinculados con el *Mercurio Peruano*, poniéndose de relieve –a partir de los escritos aparecidos en esa publicación– las ideas que tuvieron en común, al igual que las diferencias de criterio que eventualmente se pusieron de manifiesto.

Palabras clave: *Mercurio Peruano*, ilustración peruana cristiana, Cipriano Jerónimo Calatayud, Toribio Rodríguez de Mendoza, Tomás Méndez Lachica, Isidoro de Celis. Diego Cisneros. José Pérez Calama.

Abstract: During the decades prior to Peruvian Independence, the most important ideas and concerns of the enlightened intellectuals in Lima could be observed in the pages of the *Mercurio Peruano*. The author analyzes the importance of this journal, centering on the presence of religious issues. He also explains the main characteristics of the «Christian Enlightenment», as well as the peculiarities of the clergymen that contributed to the *Mercurio Peruano*, underscoring the ideas in which all of them agreed, as well as the discrepancies that eventually appeared.

Key Words: *Mercurio Peruano*, Peruvian Christian Enlightenment, Cipriano Jerónimo Calatayud, Toribio Rodríguez de Mendoza, Tomás Méndez Lachica, Isidoro de Celis. Diego Cisneros. José Pérez Calama.

1. Introducción

Debemos entender el *Mercurio Peruano* en el contexto de la influencia que la Ilustración –y específicamente la Ilustración española– tuvo en la elite intelectual peruana. Los promotores de la publicación periódica limeña, reunidos en la «Sociedad de Amantes del País», habían creado dicha institución inspirados en las decenas de «Sociedades de Amigos del País» que habían surgido en la Península ibérica. Además, el interés por el estudio del propio «país» se dio no solo por la influencia de las ideas ilustradas, sino también por el hecho de que en España, durante la primera mitad del siglo XVIII, se había producido una positiva evo-

lución de la demografía, de la economía y de la producción en general. Así, muchas de esas sociedades se dedicaron a actividades muy diversas, pero todas centradas en la investigación y el conocimiento de las características del país¹. Por ejemplo, varias de ellas promovieron la docencia de materias vinculadas con la agricultura, el comercio y la industria, y con otras actividades que se consideraron «útiles» para elevar el nivel de vida de la población.

La figura de José Rossi y Rubí es clave en los orígenes de la limeña Sociedad de Amantes del País. De origen italiano, llegó al Perú en la década de 1780, y ya para 1787 había organizado una «tertulia literaria» que recibió el nombre de «Academia Filarmónica». En la organización de esa tertulia contó con el apoyo, entre otros personajes, del ya por entonces importante científico y médico Hipólito Unanue. Rápidamente esa iniciativa ganó la adhesión de otros notables intelectuales limeños, como fue el caso de José Baquíjano y Carrillo. Así, se decidió fundar una Sociedad Económica con características similares a las constituidas en España, de cuyas actividades sin duda Rossi y Rubí había dado puntual noticia. La autoridad virreinal vio con buenos ojos la fundación de la Sociedad, y el propio virrey Teodoro de Croix facilitó su establecimiento.

La principal tarea que se propuso la Sociedad fue la publicación del periódico *Mercurio Peruano*, cuyo primer número apareció a inicios de enero de 1791. La publicación se repartía dos veces por semana, y los autores de sus artículos empleaban seudónimos griegos. De acuerdo con el espíritu ilustrado que los impulsaba, la meta común de los colaboradores del *Mercurio* fue la de «dar a luz la verdad», y en particular conocer el Perú en sus diversas vertientes. Empleando los conocimientos que las diversas ciencias les proporcionaban, se propusieron lograr el progreso de la humanidad en general, y del Perú en particular. Su interés por el conocimiento del «país» los llevó a reforzar el germen de lo que luego sería abiertamente el amor a la patria en contraposición al dominio español, basado en una autoridad que en el Perú empezaba a verse como ajena. La idea de patria estaba en el sustrato de los asuntos por los cuales los artículos del *Mercurio Peruano* se interesaron: el interés por el conocimiento del territorio en sus mayores detalles; por divulgar su historia y sus riquezas; por buscar el desarrollo del Perú, tanto desde el punto de vista de la mayor explotación de sus recursos, como de la consecuente mejora del nivel de vida de sus habitantes; y por procurar, en definitiva, el logro del bien público en todas sus facetas. Todo ese interés por perfeccionar el conocimiento del propio país tuvo como lógica consecuencia la progresiva aparición de un sentimiento que hacía ver el Perú como algo distinto no solo de España, sino también de otros territorios de la América hispana². En este sentido, son muy ilustrativas las siguientes frases aparecidas en el primer número del periódico:

1. Así, en la Introducción del tomo VII del *Mercurio*, José Rossi y Rubí ponía de relieve la heterogeneidad en cuanto a la dedicación profesional de los colaboradores del periódico, a los cuales unía sin embargo el interés por el estudio del Perú y el servicio al país: «(...) sus autores no han sido escritores de profesión. Jóvenes todos, empleados algunos en el servicio del Rey, otros graduados en los diversos ejercicios de la Universidad, otros Ministros del Altar, hemos abrazado unánime y gustosamente la difícil empresa de abrimos una nueva senda, que nos conduzca al término feliz de ser útiles a la Patria». *Mercurio Peruano* (en adelante, MP), tomo VII, N° 209 (3.1.1793), f. 6.

2. José DE LA PUENTE BRUNKE, *José Baquíjano y Carrillo*, Editorial Brasa S.A., Lima 1995, pp. 58-59.

El Mercurio Peruano y la religión

«El principal objeto de este Papel Periódico, según el anuncio que se anticipó en su Prospecto, es hacer más conocido el País que habitamos, este País contra el cual los Autores extranjeros han publicado tantos paralogismos»³.

En efecto, en el prospecto previamente publicado se había insistido en el preferente interés por el estudio de lo peruano:

«(...) más nos interesa el saber lo que pasa en nuestra Nación, que lo que ocupa al Canadense, al Lapón o al Musulmano»⁴.

De acuerdo con el espíritu ilustrado que animaba esta publicación periódica, la mayor parte de sus páginas estuvo dedicada a tres materias, según la clasificación elaborada por Clément: «conocimiento del país», «ciencias» y «economía». Se trataba de las materias consideradas como de mayor «utilidad práctica», y cuyo desarrollo contribuiría eficazmente al logro de la «felicidad» del país.

Al igual que el virrey Croix había mostrado su respaldo a los integrantes de lo que luego sería la Sociedad de Amantes del País, su sucesor, el virrey Francisco Gil de Taboada y Lemos, vio con agrado la aparición del *Mercurio Peruano*. Sin embargo, con el transcurso de los meses dicho virrey fue cambiando de actitud. La versión más difundida afirma que las autoridades, tanto en el Perú como en la corte madrileña, empezaron a ver con recelo este periódico al notar el creciente tinte local que iba adquiriendo, el cual podría diluir la identificación de los súbditos con el imperio español en general. Riva Agüero consideró esa versión muy verosímil, sobre todo teniendo en cuenta la paradoja de que siendo el virrey Gil de Taboada «tan amigo de las letras», hubiera a la vez contribuido a la extinción del *Mercurio Peruano* negándole el apoyo financiero que necesitaba para subsistir. Así, pues, todo indica que la falta de apoyo de las autoridades estuvo entre las principales razones que conspiraron para que dicha publicación se extinguiera⁵.

2. Los eclesiásticos, la Ilustración cristiana y el Mercurio Peruano

Entre los miembros de la Sociedad de Amantes del País se contaron notables eclesiásticos, como el mercedario Cipriano Jerónimo Calatayud y el clérigo Toribio Rodríguez de Mendoza. Fueron también colaboradores del *Mercurio Peruano* y «socios académicos» de la Sociedad de Amantes del País otros eclesiásticos, como el oratoriano Tomás Méndez

3. MP, tomo I, N° 1 (2.1.1791), f. 1.

4. *Prospecto del papel periódico intitulado Mercurio Peruano de Historia, Literatura y Noticias públicas, que a nombre de una Sociedad de Amantes del País, y como uno de ellos promete dar a luz Don Jacinto Calero y Moreira*. Lima, 1790.

5. JOSÉ DE LA RIVA-AGÜERO, *Don José Baquijano y Carrillo*, en JOSÉ DE LA RIVA-AGÜERO, *Estudios de Historia Peruana. La Emancipación y la República*, Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Riva-Agüero («Obras Completas de José de la Riva-Agüero», tomo VII), Lima 1971, pp. 55-56.

Lachica y los sacerdotes Francisco González Laguna, Francisco Romero e Isidoro de Celis, todos ellos «de la Religión de Agonizantes», es decir, de la Orden de San Camilo. Como «socios foráneos» hubo también eclesiásticos: el obispo de Quito, José Pérez Calama, y el cura rector de la Iglesia Matriz de Huanuco, José Manuel Bermúdez. Como «socios honorarios» figuraron el fraile jerónimo Diego Cisneros –quien había sido en España confesor de la reina María Luisa–, y el franciscano Manuel de Sobreviela, guardián del Colegio Apostólico de Propaganda Fide de Ocopa.

El tiempo del reinado de Carlos III se caracterizó por su empeño en imponer el regalismo, y con ello una verdadera sumisión de la Iglesia al patronato real. Este empeño hizo posible, además, la difusión de una suerte de «reforma modernista» en parte del clero –y de las elites–, con lo cual se llegó al planteamiento de un «catolicismo ilustrado» que afianzara un encuentro entre fe y razón. Dicho conjunto de ideas, denominado también «Ilustración cristiana» o «Ilustración católica», se caracterizó por su rechazo a la tradición barroca, su crítica a la relajación moral y a las supersticiones en las prácticas populares de la religión, y la búsqueda de un regreso a una vida religiosa austera y caritativa. De acuerdo con los estudios más recientes, el jansenismo es entendido como uno de los elementos más importantes en la forja de esa Ilustración católica, que a su vez vio en los jesuitas y en el Tribunal del Santo Oficio a sus mayores adversarios⁶.

La preocupación de los eclesiásticos que en el Perú se vincularon a la denominada Ilustración cristiana, a partir de la década de 1780, estuvo fundamentalmente centrada en las cuestiones educativas, entendiendo las ideas ilustradas como medio para el logro de sus propósitos. Uno de sus representantes más notorios fue el obispo de Trujillo, Baltasar Jaime Martínez de Compañón, quien en su diócesis impulsó el diálogo entre ciencia y fe. La instrucción de los sectores populares como vehículo que llevara a la rehabilitación moral de la población indígena, fue el propósito fundamental de las célebres visitas pastorales desarrolladas por ese prelado. Así, Martínez de Compañón criticó severamente muchas de las prácticas de la piedad popular, y consideró que la evangelización de la población aborígen afrontaba sus mayores dificultades en la embriaguez, la pereza y las supersticiones de la gente⁷. Otro caso notable de obispo «ilustrado» fue el de Pedro José Chávez de la Rosa, quien estuvo al frente de la diócesis de Arequipa entre 1788 y 1804, donde llevó a cabo importantes reformas, destacando precisamente la referida a la educación en el Seminario Conciliar de San Jerónimo. Fue este precisamente el establecimiento educativo en el que estudiaron muchos de quienes serían importantes personalidades en los tiempos de la Independencia y de las primeras décadas de la República, como Francisco Javier de Luna Pizarro o Francisco de Paula González Vigil. Diversos historiadores han considerado

6. VÍCTOR PERALTA RUIZ, *Las razones de la fe. La Iglesia y la Ilustración en el Perú, 1750-1800*, en Scarlett O'PHÉLAN GODOY (comp.), *El Perú en el siglo XVIII. La Era Borbónica*, Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Riva-Agüero, Lima 1999, pp. 177-179.

7. *Ibid.*, pp. 190-191. Un estudio muy completo sobre la obra del obispo Martínez de Compañón es el de Daniel RESTREPO MANRIQUE, *La Iglesia de Trujillo (Perú) bajo el episcopado de Baltasar Jaime Martínez Compañón (1780-1790)*, Servicio Central de Publicaciones. Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz 1992, 2 tomos.

decisiva la labor de Chávez de la Rosa para lo que sería luego la propagación de las ideas liberales en Arequipa⁸.

La actitud frente a la religión de quienes participaron de la Ilustración cristiana fue muy distinta de la manifestada por los ilustrados en otros países, y particularmente en Francia. Recientes investigaciones han puesto de relieve la inexactitud de antiguas versiones que atribuían a los ilustrados españoles actitudes de abierta heterodoxia, afirmando la sincera religiosidad de muchos de ellos, como Campomanes, Jovellanos, Meléndez Valdés o Mayans. Defendiendo, obviamente, una vida de piedad distinta a la propia de la religiosidad popular de raigambre barroca, propugnaron el retorno al modelo de la Iglesia de los primeros cristianos, caracterizada por la pobreza y la humildad. Y no faltaron las críticas a la curia romana y a los eclesiásticos, en especial al clero regular. Sin embargo, esa actitud crítica no suponía espíritu antirreligioso, ni una predominante adscripción al deísmo ni al ateísmo⁹.

Hubo, sin embargo, algunos ilustrados españoles deístas, que postularon abiertamente la defensa de una religión natural, negando, por tanto, la revelación, defendiendo en el ámbito de la moral la autonomía basada en la ética racional. Hubo quienes no distinguieron entre los deístas y los católicos ilustrados, lo cual es especialmente perceptible en los textos de ciertos obispos del siglo XVIII. Criticando a los deístas, estos veían también con malos ojos los planteamientos de los católicos ilustrados, a pesar de que manifestaban las mismas preocupaciones de muchos de los obispos, buscando de modo sincero la reforma de la Iglesia: atacaban la superstición; promovían una religiosidad interior, doctrinalmente fundamentada en la Biblia, y en lo moral buscaban la supresión de los abusos. La base de su espiritualidad estuvo constituida por las Sagradas Escrituras, enfrentándose por tanto a quienes se fundamentaban en obras escolásticas o en libros de espiritualidad barroca¹⁰.

2. *Fe, ciencia y religión en el Mercurio Peruano*

Los colaboradores del *Mercurio* formaron parte de una generación que tuvo acceso a libros de ilustrados franceses y de otras nacionalidades. El contacto de la elite intelectual de Lima con esa literatura fue un fenómeno de las últimas décadas del siglo XVIII. En efecto, durante la primera mitad de esa centuria no se ha acreditado una importante presencia de libros «modernos» en las bibliotecas de Lima, ni tampoco hubo causas abiertas por el Santo Oficio con referencia a libros prohibidos durante ese tiempo. Por otro lado, con respecto a la segunda mitad de esa misma centuria se ha constatado un notorio retroceso de la autoridad

8. Claudia Rosas aclara, sin embargo, que Chávez de la Rosa fue un obispo reformista, pero a la vez contrarrevolucionario. CLAUDIA ROSAS LAURO, *Por el trono y el altar. El obispo Chávez de la Rosa y la campaña contra la Revolución Francesa en Arequipa*, en Margarita GUERRA MARTINIERE, OSWALDO HOLGUÍN CALLO y César GUTIÉRREZ MUÑOZ (eds.), *Sobre el Perú. Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima 2002, tomo II, pp. 1110-1111.

9. Antonio MESTRE, *La actitud religiosa de los católicos ilustrados*, en Agustín GUIMERÁ (ed.), *El reformismo borbónico. Una visión interdisciplinar*, Alianza Editorial, Madrid 1996, pp. 147-148.

10. *Ibid.*, pp. 150-151 y 154.

de la Inquisición, que se ha atribuido a los cambios políticos –como el menor apoyo recibido de las autoridades–, administrativos y sociales surgidos con el afianzamiento de las políticas de la dinastía borbónica. Por ejemplo, hay pocas noticias sobre las acciones de los comisarios del Santo Oficio, y decrece la publicación de catálogos y de edictos de libros prohibidos¹¹.

Hay diversos testimonios de las reuniones celebradas en casa de José Baquijano y Carrillo, que solían tener como asunto central la discusión de algunas de las propuestas planteadas por los libros de los «filósofos» de la Ilustración francesa. Dada la disminución de la autoridad de la Inquisición, no eran pocos los mercaderes de libros que por entonces importaban clandestinamente las obras de aquellos. El propio Baquijano, en su célebre *Elogio* del virrey Jáuregui, citó a Montesquieu y a otros autores extranjeros cuyas obras estaban prohibidas en España, al igual que en sus dominios americanos¹².

Lo cierto es que son muchos los textos peruanos de la segunda mitad del siglo XVIII en los que aparecen los términos «ilustración», «luces» y «razón». Se trata de términos que convocaron una general adhesión, no advirtiéndose contradicción alguna entre la fe religiosa y la condición de ilustrado¹³. No obstante, estuvo muy lejos de darse una homogeneidad en cuanto al pensamiento en el Perú de esa centuria. Tal como afirma Estenssoro, bajo la adhesión a las luces y a la razón podemos encontrar en Lima tanto a entusiastas lectores de Rousseau como a exponentes de posturas intelectuales conservadoras, y aun antimodernas. Así –siguiendo al mismo autor–, si entendemos como ilustrados sólo a pensadores europeos tales como Voltaire, Rousseau o Diderot y sus seguidores, difícilmente encontraremos a muchos ilustrados en el Perú del siglo XVIII. Por eso, para el caso peruano solemos utilizar de modo más genérico el término «ilustrado» con referencia a quienes pretendían realizar proyectos que pusieran de relieve en sentido amplio, por ejemplo, los valores de la razón y de la naturaleza¹⁴.

Solo así puede hablarse de Ilustración en el Perú. En el *Mercurio Peruano* aparecen, por ejemplo, protestas contra el «afrancesamiento», contra los intelectuales europeos que hablaban mal del Perú¹⁵, al igual que contra «aquella caterva de filósofos» que entendía la beneficencia y la compasión a partir del amor propio o de «los sentimientos de la materia», y no fundamentadas en la «caridad evangélica»¹⁶. En el *Mercurio* también aparecieron duras críticas a la Francia revolucionaria, señalándose cómo los españoles, profundamente identi-

11. Víctor PERALTA RUIZ, *Las razones de la fe*, cit. en nota 6, p. 180. Pedro M. GUIBOVICH PÉREZ, *Censura, libros e inquisición en el Perú colonial, 1570-1754*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Universidad de Sevilla, Diputación de Sevilla, Sevilla 2003, p. 275.

12. JOSÉ DE LA PUENTE BRUNKE, *José Baquijano y Carrillo*, cit. en nota 2, pp. 33-34.

13. Juan Carlos ESTENSSORO FUCHS, *La plebe ilustrada: El pueblo en las fronteras de la razón*, en Charles WALKER (comp.), *Entre la retórica y la insurgencia: Las ideas y los movimientos sociales en los Andes, Siglo XVIII*, Centro de Estudios Regionales Andinos «Bartolomé de las Casas», Cusco 1996, p. 37.

14. *Ibid.*, pp. 37 y 64, nota 8.

15. Noé ZEVALLOS, *Toribio Rodríguez de Mendoza o las etapas de un difícil itinerario espiritual*, Editorial Bruño, Lima 1984, p. 12.

16. *Idea de las congregaciones públicas de los negros bozales*, en MP, tomo II, n° 48 (16.6.1791), fs. 112-113.

ficados con la fe católica, lucharían contra aquella. En este sentido son reveladoras las frases de Hipólito Unanue, en una *Nota de la Sociedad* aparecida con ocasión de la declaratoria de guerra de España a Francia en 1793:

«En seis mil años que existe el Género humano no presenta su Historia hechos tan escandalosos como los que ofrece en el día la Francia. Éstos no podían menos que armar contra ella el brazo justo y victorioso de los Monarcas Europeos, y llenar de indignación a todos sus Súbditos. Los Españoles en quienes la Religión, la fidelidad y el esfuerzo se heredan con la sangre, han acreditado en estas críticas circunstancias la nobleza de su generoso corazón»¹⁷.

Y otro importante colaborador, el Padre José Manuel Bermúdez, envió desde Huánuco una vibrante defensa de la autoridad papal frente a los sucesos de la Francia revolucionaria, en la cual atacaba a los enemigos de la Iglesia, a quienes consideraba guiados por

«(...) la fingida paz de un siglo frívolo y superficial, que se juzga más lleno de luces cuanto más cubierto de tinieblas; que condena a los pasados de ignorantes, porque ha hallado el pernicioso secreto de tocar con un aire de desprecio en sola la corteza de las cosas, sin entrar en el fondo de ellas; de un siglo que no pudiendo desatar los nudos más intrincados, se vale del temerario arrojo de cortarlos»¹⁸.

Los artículos específicamente referidos a asuntos religiosos fueron pocos, y de acuerdo con el mismo Clément significaron solo el 1,75% del total de páginas publicadas por el *Mercurio Peruano*¹⁹. Sin embargo, resulta interesante señalar que en la lista de suscriptores del periódico los «hombres de Iglesia» fueron 69, representando un nada despreciable 13.35% del total. De ellos, 52 fueron miembros del clero secular, catorce fueron religiosos y tres integrantes del Tribunal del Santo Oficio²⁰.

Si bien no fueron muy numerosas las páginas dedicadas a asuntos religiosos, se percibe una importante «cultura bíblica» en los más variados artículos de ese periódico, en consonancia con el interés de la Ilustración católica por promover las Sagradas Escrituras como el principal punto de referencia en la vida religiosa. También aparecen diversas críticas hacia determinadas expresiones populares de devoción, y en particular hacia los milagros²¹.

Además de esa «cultura bíblica», en muy diversos artículos del *Mercurio* hay comentarios contrarios al ateísmo, como cuando se define al ateo como «ciego ante la luz eterna de la Divinidad», o cuando se califica de «filosofastros» a los enemigos del cristianismo, haciendo una clara defensa de la dimensión religiosa del hombre:

«La Humanidad es un puro fantasma de virtud, si la concebimos independiente de la Caridad, y separable de aquel espíritu de Religión, que consagra todas las acciones de los

17. MP, tomo VIII, n. 273 (15.8.1793), f. 254.

18. MP, tomo IX, n. 304 (1.12.1793), f. 212.

19. Jean-Pierre CLÉMENT, *Índices del Mercurio Peruano. 1790-1795*. Biblioteca Nacional-Instituto Nacional de Cultura, Lima 1979, pp. 17 y 21.

20. *Ibid.*, pp. 39 y 41.

21. Víctor PERALTA RUIZ, *Las razones de la fe*, cit. en nota 6, p. 193.

humanos en homenaje al Ser Supremo. (...) Desengañémonos: no hay filosofía plausible sin Religión, y solo las máximas del Cristianismo pueden inspirar una verdadera *Humanidad*»²².

No es difícil encontrar diferencias de enfoque revisando los textos de los principales colaboradores del *Mercurio*. Así como hubo defensores rotundos de la fe católica, hubo otros que expresaron opiniones aparentemente ambiguas. En este sentido, por ejemplo, la figura de Baquijano es una de las que han suscitado variadas interpretaciones entre los historiadores. Si bien formalmente afirmó en más de una oportunidad su fidelidad a la doctrina cristiana, su interés por los libros prohibidos ha generado dudas sobre su ortodoxia. No obstante, todo indica que su pensamiento se insertó en el contexto de la Ilustración católica, buscando compatibilizar las atractivas novedades ilustradas con el catolicismo²³.

El diálogo entre fe y ciencia fue visto como una necesidad en las páginas del *Mercurio*, e incluso la difusión de la ciencia fue vinculada al apoyo de los eclesiásticos. En efecto, uno de los mercuristas afirmó que sin la colaboración de los clérigos no sería posible esa difusión. Por eso, sostenía también que la enseñanza de Historia Natural debía ser especialmente dirigida a quienes siguieran la carrera eclesiástica²⁴. Así, la «instrucción» del clero aparece como un objetivo fundamental para evitar, entre otras cosas, la relajación de las costumbres. Esto se afirma en un texto en elogio del obispo de Quito José Pérez Calama:

«La instrucción del clero le merece (...) sus principales atenciones. Sabe que las ventajas espirituales de una Iglesia están en razón de las luces y ciencia de los pastores subalternos, y que según la ignorancia, o ilustración de los ministros, es la relajación o arreglo de las costumbres»²⁵.

Los mercuristas tenían muy clara la vinculación de la vida espiritual con la satisfacción de las necesidades materiales de la población. Eso explica, por ejemplo, que acogieran con entusiasmo en sus páginas –y que lo publicaran íntegramente, cosa no usual en un periódico de entonces– un edicto pastoral del mencionado obispo de Quito, Pérez Calama, en el cual afirmaba que para el logro del bien espiritual era importante también realizar transformaciones económicas. Es más, en el mencionado edicto animaba, tanto a eclesiásticos como a seglares, a plantear iniciativas que redundaran en la mejora de las condiciones de vida de la población. Entre esas ideas, por ejemplo, ofreció un premio a aquella persona que lograra hacer el mejor y «más saludable» pan de trigo, para lo cual señalaba una serie de indicaciones; y también a quien elaborara una «memoria científica» sobre la necesidad de que en cada casa hubiera un «retrete» como «lugar separado para las indispensables superfluidades», considerado como una exigencia de «la modestia y decoro cristiano», y como de indispensable utilidad para «la salud corporal, e ilustrada civildad y policía»²⁶. Otros edictos de Pérez Calama aparecieron en el *Mercurio*, y este periódico exaltó «su celo y pastoral vigilancia a fin de mejorar y hacer feliz esa porción de la América Meridional que está confiada a su dirección y espiritual

22. MP, tomo I, N° 2 (6.I.1791), fs. 13-14.

23. JOSÉ DE LA PUENTE BRUNKE, *José Baquijano y Carrillo*, cit. en nota 2, pp. 55-56.

24. VÍCTOR PERALTA RUIZ, *Las razones de la fe*, cit. en nota 6, p. 194.

25. MP, tomo III, N° 77 (29.9.1791), f. 71.

26. MP, tomo I, N° 28 (7.4.1791), fs. 256-260.

gobierno». Se alababa el hecho de que dicho obispo combinara su preocupación por la salud espiritual de su feligresía con la paralela atención a su bienestar material, reuniendo «con las luces del espíritu los nobles sentimientos de la humanidad y de la filosofía cristiana». Además, se señalaba que en el corto tiempo que llevaba de gobierno pastoral en Quito, «es increíble cuánto ha trabajado en remediar males, desterrar abusos, promover obras públicas, adelantar las ciencias: en una palabra, en hacer feliz su diócesis». Se enaltecían diversas iniciativas que ese obispo había promovido a través de sus edictos pastorales «para utilidad y ventajas de sus pueblos». Por ejemplo, «uno de sus más interesantes designios» había sido el de insistir en la importancia de que la villa de Ibarra y el asiento de Otavalo se comunicaran directamente con otras zonas del territorio de la Audiencia de Quito, para permitirles la exportación de sus productos y manufacturas, con lo cual podrían salir de la «suma miseria» en la que se encontraban, y que tenía mucho que ver con la lentitud de las comunicaciones²⁷.

Hipólito Unanue, uno de los más célebres miembros de la Sociedad de Amantes del País, manifestó en las páginas del *Mercurio* su entusiasmo por el progreso de las ciencias junto con su fidelidad al cristianismo. Por eso, señaló que si bien hasta la propia religión sentía «este extraño y enérgico impulso que todo lo agita» –con referencia a los adelantos científicos–, él confiaba en que la fe triunfaría y brillaría «en el siglo en que piensa opacar sus rayos el vano esfuerzo de tanto espíritu inquieto y atrevido»²⁸.

Aparecen en el *Mercurio* referencias a más eclesiásticos interesados en los mismos asuntos a los que este diario daba importancia. Es el caso, por ejemplo, del conocimiento del territorio. Elogiaron al fraile franciscano Manuel Sobreviela, guardián del Colegio de Ocopa, quien hizo una historia de las misiones de Cajamarquilla y de los viajes que emprendió, junto con otros frailes, por los ríos Huallaga y Ucayali, de cuyos cursos elaboró también un mapa, publicado igualmente por el *Mercurio Peruano*. En una «Nota de la Sociedad» enaltecieron el aporte de dicho religioso al mejor conocimiento del país:

«La incubación, esmero e inteligencia que ha empleado el Padre Fray Manuel Sobreviela en levantar el Mapa de la Pampa del Sacramento y sus ríos lo hacen acreedor a la gratitud del público y de la Sociedad. Conoce esta cuánto honor recibe el Perú con manifestarse hay en él talentos que sepan emprender, perfeccionar y grabar este género de obras que parecía reservado a la Europa. Y aunque (como hemos dicho en otra parte) ya en Quito se vio salir a luz el del Padre Samuel Fritz; las conocidas ventajas que le hace el del Padre Sobreviela merecen que se reputa por el primero que han producido las Américas. Lo publicaremos en el Jueves inmediato, anteponiendo para su esclarecimiento la impresión de las noticias remitidas por el enunciado Padre. Ellas forman un epílogo de todas las expediciones espirituales a las Montañas de los Andes, el que reunido a los *Mercurios* que hasta aquí hemos escrito y publicado sobre el propio asunto, resulta una pequeña, pero exacta historia original en todas sus partes»²⁹.

27. MP, tomo III, N° 77 (29.9.1791), fs. 67 y 69.

28. Son expresiones de Unanue que corresponden a su célebre *Decadencia y restauración del Perú*, que fue la oración inaugural que pronunció con ocasión de la apertura del Anfiteatro Anatómico en Lima, el 21 de noviembre de 1792. MP, tomo VII, N° 218 (3.2.1793), f. 86.

29. MP, tomo III, N° 80 (9.10.1791), fs. 91-92. En efecto, el *Mercurio Peruano* publicó la información del Padre Sobreviela bajo el título de *Varias noticias interesantes de las entradas que los Reli-*

En el contexto de esa Iglesia reformada por la Ilustración que los mercuristas propugnaban, es de notar las referencias a la relación con los pobres. Estos debían disfrutar de los beneficios de la caridad, pero solo en el caso de los pobres que estuvieran dispuestos a trabajar³⁰. En ese sentido, el *Mercurio* elogiaba las obras públicas:

«Ningún objeto más digno de una caridad bien reglada que las obras públicas. Su fomento no es una liberalidad que socorre las necesidades de un indigente, para que a poco vuelva a sumergirse en su anterior miseria: es sí un bien universal y permanente, que afianza tal vez la ventajosa subsistencia de toda una sociedad»³¹.

Son también de destacar los textos aparecidos en el *Mercurio* como manifestaciones de fe y de piedad. En este sentido, podemos citar el soneto a un Cristo crucificado³², el anónimo dístico que recoge la «aspiración cristiana» de un poeta persa en «su conversión a Dios»³³, el soneto de un piadoso cristiano manifestando arrepentimiento por sus pecados³⁴, y otro soneto de similar argumento, manifestando los *Sentimientos de un pecador, tocado vivamente del espíritu de piedad y contrición que inspiran estos días respetables*, publicado en torno de la Semana Santa de 1793³⁵. Pero la piedad que los mercuristas buscaban practicar fue la denominada «piedad ilustrada», opuesta a la barroca, a la cual consideraban poco digna, poco racional y hasta de mal gusto. Así, por ejemplo, en cuanto a los ritos fúnebres la piedad ilustrada buscó –como lo recuerda Irma Barriga– desterrar los llantos y gritos de las plañideras, por ser una demostración de algo que no sentían, y por representar un gasto inútil. Los mercuristas estuvieron en la línea de promover entierros sencillos, con un ceremonial caracterizado por la sobriedad. En este sentido, se percibe en los testamentos de fines del siglo XVIII que se empieza a otorgar menor importancia a todo lo concerniente a los ritos del funeral. Esta mayor sobriedad empezó a darse en paralelo con la aparición de los cementerios fuera de las ciudades, lo cual fue visto por muchos como una manifestación de falta de piedad y de religiosidad. Ante ello, José Rossi y Rubí no dejó de disimular su desprecio, al afirmar que quienes así pensaban formaban parte de una «clase infeliz de hombres»³⁶.

El caso de Toribio Rodríguez de Mendoza resulta muy revelador de las vacilaciones que debieron experimentar los eclesiásticos ilustrados, encontrándose «entre la aceptación

giosos de mi Padre San Francisco han hecho a las Montañas del Perú, desde cada uno de los Partidos confinantes con la Cordillera de los Andes para mayor esclarecimiento del Mapa que se da a luz sobre el curso de los ríos Huallaga y Ucayali, MP, tomo III, N° 80 (9.10.1791), fs. 92-104; MP, tomo III, N° 81 (13.10.1791), fs. 107-120. Otras crónicas de los viajes del Padre Sobreviela aparecieron previamente en los números 59 y 60 del «Mercurio Peruano», en el mes de julio de 1791.

30. VÍCTOR PERALTA RUIZ, *Las razones de la fe*, cit. en nota 6, p. 194.

31. MP, tomo III, n. 77 (29.9.1791), f. 70.

32. MP, tomo I, n. 32 (21.4.1791), f. 297.

33. MP, tomo I, n. 33 (24.4.1791), f. 305.

34. MP, tomo IV, n. 131 (5.4.1792), f. 239.

35. MP, tomo VII, n. 233 (28.3.1793), f. 214.

36. IRMA BARRIGA CALLE, *El Mercurio Peruano y los muertos*, en Margarita GUERRA MARTINIERE, OSWALDO HOLGUÍN CALLO y César GUTIÉRREZ MUÑOZ (eds.), *Sobre el Perú. Homenaje a José Agustín de la Puente Candamo*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima 2002, tomo I, pp. 206-210.

de una tradición por muchos conceptos valiosa y la necesidad de adecuarse a los nuevos requerimientos del mundo como exigencia de su fe»³⁷. Se ha dicho que Rodríguez de Mendoza fue «más bien conservador que innovador»³⁸, entre otras cosas, porque, en el plan de estudios del Convictorio de San Carlos, prefirió los textos de Santo Tomás a las obras de la «moderna filosofía»³⁹. Con todo, habría que matizar esta apreciación. Fue tomista, como toda la corriente filojansenista del ciclo carolino; recomendó, en su plan de estudios, los autores que venían propuestos por la reforma educativa auspiciada por Carlos III; y se manifestó antiaristotélico y antiescolástico convencido. Parece, más bien, que Rodríguez de Mendoza respondía al estereotipo de ilustrado católico de la época. Además, al haber planteado la reforma de la educación en San Carlos, ha sido frecuente el atribuirle una actitud beligerante en asuntos doctrinales. Aunque leyó a Rousseau y conocía los planteamientos de los enciclopedistas⁴⁰, y fue duro e irónico con todo lo referido a la superstición y al fanatismo, no hay razones serias para afirmar de modo rotundo su heterodoxia. Según Noé Zevallos, Rodríguez de Mendoza no fue otra cosa que un católico ilustrado, explicándolo del siguiente modo:

«Participa de los ideales de la Ilustración, rechaza el pasado inmediato en nombre de la racionalidad rectora e iluminadora, busca construir un mundo más humano por medio de la racionalidad en la que las ciencias tienen un papel decisivo, rechaza lo que en la religión se opone a esa racionalidad como el fanatismo y la superstición, pero es fiel a la Iglesia, es creyente sincero y logra articular un discurso coherente sobre el mundo y los hombres a partir de su fe. Es pues un teólogo y un teólogo ilustrado»⁴¹.

Se contó, pues, entre los cristianos ilustrados, de los cuales se ha dicho que «no son ilustrados que condescienden con el cristianismo, son cristianos que quieren traducir su fe en términos ilustrados»⁴². Esto podría afirmarse también de otro de los eclesiásticos vinculados al *Mercurio*: Isidoro de Celis. Su pensamiento filosófico ha sido calificado de «escolástico modernizante», al vivir un conflicto entre dos mundos intelectuales: la escolástica, por un lado, y por el otro la filosofía y la ciencia modernas. Ante ese conflicto, adopta Celis una actitud «eclectica», pero manteniendo la adhesión al credo cristiano⁴³.

37. Noé ZEVALLOS, *Toribio Rodríguez de Mendoza*, cit. en nota 23, p. 14.

38. *Ibid.*, p. 15.

39. Juan Carlos ESTENSSORO FUCHS, *La plebe ilustrada*, cit. en nota 21, p. 37. Sobre la teología de Rodríguez de Mendoza y su plan de estudios, cfr. Josep-Ignasi SARANYANA (dir.)/Carmen-José ALEJOS GRAU (coord.), *Teología en América Latina*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt 2005, II/1, pp. 657-665.

40. Riva Agüero, por su parte, define a Rodríguez de Mendoza como «filósofo sensualista» y personaje «sospechoso de heterodoxia por sus propensiones regalistas y galicanas». JOSÉ DE LA RIVA AGÜERO, *D. José Toribio Polo*, en MP, Vol. I, N° 3 (Lima, setiembre de 1918), p. 129.

41. Noé ZEVALLOS, *Toribio Rodríguez de Mendoza*, cit. en nota 23, pp. 16 y 26.

42. *Ibid.*, p. 26. Por ejemplo, Vargas Ugarte afirma rotundamente que la ortodoxia de Rodríguez de Mendoza no sufrió mengua. Rubén VARGAS UGARTE, S.J., *Historia de la Iglesia en el Perú. Tomo IV (1700-1800)*, Burgos 1961, pp. 334-335.

43. Walter REDMOND, *La Lógica en el Virreinato del Perú a través de las obras de Juan Espinoza Medrano (1688) e Isidoro de Celis (1787)*, Pontificia Universidad Católica del Perú-Instituto Riva Agüero-Fondo de Cultura Económica, Lima 1998, pp. 333-334.

De los eclesiásticos mercuristas ha sido el fraile jerónimo Diego Cisneros el considerado más cercano a la heterodoxia. Llegó a Lima como administrador de las encomiendas y demás intereses del monasterio de San Lorenzo del Escorial en el Perú. En la capital virreinal se dedicó al comercio de libros, y abrió una tienda pública en la calle del Pozuelo. Todo indica que por su intermedio varios de los mercuristas tuvieron acceso a libros europeos, muchos de ellos prohibidos por el Santo Oficio. Entabló amistad con Toribio Rodríguez de Mendoza cuando este se desempeñaba como vicerrector del Convictorio de San Carlos, y sin duda ese contacto influyó en su creciente interés por mejorar la educación. En efecto, a Cisneros se le debe la introducción de importantes novedades en la enseñanza de las ciencias, e igualmente fue él quien promovió que se designara a Rodríguez de Mendoza como rector del mencionado Convictorio. Por la influencia que tenía con el virrey Croix, vinculada probablemente con los contactos que Cisneros tenía en la corte madrileña –recordemos que fue confesor de la reina María Luisa–, se atribuye a este fraile jerónimo una importancia decisiva en los cambios producidos en la educación en el Perú de las postrimerías del siglo XVIII: por ejemplo, la enseñanza de las matemáticas puras y aplicadas, de la física de Newton y del derecho natural y de gentes. Según relata Mendiburu, en su círculo privado fue Cisneros muy crítico de las Órdenes religiosas, llegando a defender la conveniencia de su extinción, al igual que la extinción del poder pontificio⁴⁴.

* * *

En definitiva, en las páginas del *Mercurio Peruano* podemos constatar una aproximación al fenómeno religioso que refleja las inquietudes y vacilaciones de quienes buscaban compatibilizar muchas de las «nuevas ideas» con la fidelidad a la Iglesia, en la línea de lo que se ha dado en llamar «Ilustración cristiana».

José de la Puente Brunke
Pontificia Universidad Católica del Perú
Departamento de Humanidades
Av. Universitaria 1801, San Miguel
Lima 32, Perú
jpuente@pucep.pe

44. Manuel DE MENDIBURU, *Diccionario Histórico-Biográfico del Perú*, Lima 1932, tomo IV, pp. 159-166.